

# ¿Qué se siente tener sexo con otro hombre?



Anónimo

Al contestar esta pregunta, recuerdo la frase del escritor Jean Genet: “Preguntarme qué se siente desear a otro hombre es como preguntarme qué se siente tener dos pies”. Y la sensación es muy parecida si le preguntan a alguien como yo, vecino de los 30 y que además se dio a la tarea de permitirse vivir su vida como algo coherente con su deseo. O sea, salió del clóset. Eso para mí ya es algo parecido a tener dos pies. No es algo que se va preguntando por la calle a no ser que se quiera lucir como un tarado de marca mayor o como un creador de tests para *Facebook*.

Pasaría por ordinario si describiera las sensaciones que se viven en el encuentro homosexual. Me parece que describir exhaustivamente las emociones en la cama no es tan importante como profundizar en una idea: que desear a otro hombre es mucho más de lo que nos muestran los estereotipos *gays*.

Así como hay heterosexuales que se dejan llevar por el gusto de la clase media (les gustan las monas tetonas de *jeans*, culos parados y tacones altos y estilizados) sería de suponer que los *gays* tendrían su propia versión mitificada quizás con penes grandes y torsos musculosos, rubios y de ojos claros, pero no siempre es así. Una cosa es la imagen con la que se vende la idea tradicional de belleza (equivalente a las que se usan desde el mundo *straight* para vender repuestos de vehículos, cuadernos o seguros de vida) y otra es la imagen del *gay* real, sin *photoshop*.

Lo que ocurre es que desde un tiempo para acá se promociona la idea del hombre *gay* que es especialista en belleza, estilo y moda, que invierte grandes cantidades de dinero en su pinta y que no admite desperfectos. Este estereotipo ha tratado de superar al prejuicio del homosexual barriobajero y afeminado en exceso, que se escuda en sus mejores amigas y que es una figura amenazante, que les infunde miedo a los hombres.

Lo mismo pasa cuando se describe una relación sexual homo, desde el estereotipo, claro está, – en la que se ha popularizado la clasificación entre el activo o soplanucas y el pasivo o muerdealmohadas – como si fuera la única forma en la que los homosexuales nos desenvolvemos en la cama.

Así que tengo la tarea de contarles qué se siente: claro, usted como lector (o lectora: bien pueda y escoja) dirá que hay tantas sensaciones como personas en el mundo, así como hay tantas formas de vivir la sexualidad (están los homos, bis, curiosos, heteroconfundidos, homodespistados y caídos del zarzo sexuales) pero ese no es el problema: el disfrute personal y las posibilidades son tan variadas como las de la vida típica hetero.

Aunque, no lo crean, la traga homo, si es que existe, funciona al estilo de las convenciones hetero. Nos enamoramos perdidamente desde jóvenes y algunos construyen unas historias de amor que harían comer *chitos* a Corín Tellado o a una novela de las 4 de la tarde. He conocido parejas de hombres cuya relación es más heterosexual que el matrimonio de Lorenzo y Pepita, lo cual incluye celos, reclamos airados, reproches llorosos y, lo más divertido, arreglar sus problemas en la cama.

Además, no creo que haya diferencia entre el sexo hetero y el sexo homo, porque las marrullas, los prejuicios y los miedos, son los mismos, sin distinción de sexo. Todos y todas, sin importar orientación sexual, estamos llenos de las mismas maricadas. Las cucarachas en la cabeza no respetan el deseo.

Porque a los homosexuales también nos duele la cabeza si no queremos tener sexo (porque socialmente se nos permite esos artificios falsamente atribuido a las mujeres) y muchas veces, nos da por ufanarnos por supuestos logros sexuales (como el

más machista de los heteros). Mentimos, nos entusiasmos, somos infieles como heteros y, lo que es peor, somos tan víctimas de la infidelidad como cualquier hetero. Así que las ilusiones sobre los rumores de la vida promiscua llevada al exceso, de ser hipersexuales, se quedan en eso: no van más allá de lo que se imaginan algunas mentes calenturientas.

¿Y entonces? Yo creo que tener sexo con un hombre significa poder salir adelante, superar miedos y las telarañas que nos enredan la cabeza para emprender una vida por fuera de la oscuridad que produce la discriminación: mejor dicho, sacarla del estadio al hacer tu propia vida. Estar con un hombre da una sensación de triunfo. Poder superar temores y culpas, poder salir a la calle y no sentirse un criminal, ni loco, ni lunático, ni mucho menos pecador. Adecuar las sensaciones, emociones, sentimientos, con una vida medianamente decente. Nada de dudas ni de hacer daño a quien no lo quiere: vivir con mentiras es una pérdida de tiempo, de comodidad propia y de relaciones sociales. Ni qué decir que estos son los tres principales recursos de nuestro tiempo. Respetando las distancias, no atreverse a salir del clóset es como desperdiciar el agua: es un acto de suprema irresponsabilidad.

Al principio dije que yo había salido del closet. Pero se preguntarán: “Bueno, casi salió, porque el tipo este no firmó este artículo”. Y la razón es sencilla: soy homosexual, no marica. O sea, no doy papaya. Alguien dice por ahí que la diferencia entre ser gay y ser marica es que el gay presta el culo gratis y el marica, lo que presta gratis es la plata... Creo que así, entonces, nos entendemos.